



Recodarle al Kremlin su debilidad Quillette

Escrito por: Dalibor Roháč¹

Puede consultar la versión original [aquí](#)

Desde los primeros días de la invasión rusa de Ucrania en febrero, las discusiones sobre la guerra en Occidente han estado impregnadas de un peligroso tono de complacencia y autocomplacencia. De hecho, se ha expuesto que el ejército ruso no es efectivo, y la valentía ucraniana ha resonado entre el público de todo el mundo, lo que llevó a los gobiernos occidentales a adoptar sanciones mucho más estrictas de lo que la mayoría de los observadores habían anticipado.

Sin embargo, la dura verdad es que, a pesar de la solidaridad de Occidente con Ucrania, Vladimir Putin se está saliendo con la suya. Sería un grave error, por ejemplo, ver las sanciones adoptadas en una extraordinaria muestra de unidad por parte de Estados Unidos, la Unión Europea y otros socios como signos de éxito. Son, en todo caso, una consecuencia de un fracaso anterior de nuestras políticas destinadas a disuadir a Rusia. No es Putin quien calculó mal, sino quienes asumieron que su régimen podría ser disuadido por la perspectiva del estatus de paria de Rusia.

Los ucranianos se enfrentan al enemigo con un valor admirable, pero las cartas no están a su favor. La planificación militar rusa podría haber estado equivocada al suponer que Ucrania se retiraría después de una "incursión" menor y de toque ligero. Si una victoria militar fácil y una ocupación sostenible supervisada por un sátrapa designado por el Kremlin están fuera de su alcance, la potencia de fuego de Rusia y el desprecio del régimen por la vida humana siguen siendo reales. Si Putin no puede convertir a Ucrania en parte de su sueño demente de un nuevo mundo ruso, todavía tiene la capacidad de alcanzar el segundo mejor resultado al convertir el país en escombros.

De dos maneras significativas, el tiempo está de su lado. Primero, la política democrática en Occidente tiene un lapso de atención notoriamente corto. El público tiende a energizarse, como sucedió en los primeros días de la invasión de Rusia, con historias claras y directas. El repentino estallido de apoyo a Ucrania en todo el mundo es conmovedor, pero la guerra en curso no se libra principalmente en el tribunal de la opinión pública. Se está librando en el lodo ucraniano, la famosa rasputitsa, y sobre los cielos de las ciudades ucranianas donde, a pesar de todas sus pérdidas, las fuerzas rusas continúan disfrutando de una ventaja numérica. En ausencia de una resolución satisfactoria, el interés público occidental inevitablemente se trasladará a otra parte. En lugar de un imperativo urgente de acción, las horribles imágenes y sonidos de la prolongada campaña militar de Rusia corren el riesgo de convertirse en ruido de fondo.

¹ Dalibor Roháč es miembro senior del American Enterprise Institute en Washington DC.



En segundo lugar, la eficacia de las sanciones tiende a disminuir a medida que se encuentran soluciones alternativas, se realizan ajustes y se construyen nuevas relaciones de mercado. Recuerde, no todos los bancos rusos están desconectados de SWIFT y, lo que es más importante, los ingresos del petróleo y el gas siguen llegando al país. Incluso con la prohibición de importación de petróleo de EE. UU., y con la reducción de la UE de su demanda de gas natural ruso en un 80 por ciento, como prometió hacer la Comisión Europea, el suministro de energía ruso (particularmente petróleo y carbón) seguirá siendo fungible. Recurrir a China para vender energía rusa y obtener liquidez podría no haber sido la primera opción de Putin, pero uno debería trabajar bajo el supuesto de que es un precio tolerable a pagar por su objetivo a largo plazo de destruir una Ucrania independiente y autónoma.

El plan de Putin puede ser esperar a que salgan los ucranianos y Occidente. El primero se enfrentará, prevé el Kremlin, a una guerra lenta de desgaste repleta de muerte y sufrimiento de civiles, que eventualmente traerá a Volodymyr Zelenskyy o su sucesor a la mesa de negociaciones. Este último, por su parte, buscará alguna forma de normalización de las relaciones con Rusia. Después de todo, según los tropos occidentales comunes, necesitamos la cooperación rusa en asuntos como el cambio climático y el control de armas. Incluso en este punto, algunos en Occidente continúan viviendo bajo la ilusión de que la cooperación rusa puede ser una fuerza constructiva en las negociaciones con Irán, que se están llevando a cabo en Viena.

El repentino despertar de Occidente a la amenaza rusa fue fácil. Será difícil mantener su atención y elaborar políticas que puedan salvar a Ucrania y provocar la caída del régimen de Putin. Aquellos que piensan en términos de “vías de salida” y compromisos ya están advirtiendo contra enmarcar la respuesta occidental al conflicto actual en términos de “cambio de régimen”, ya que eso solo endurecerá las actitudes de Putin. Pero solo hay dos resultados estables de la situación actual: el fin de Ucrania como nación autónoma o el fin del régimen de Putin. Eso no significa que esto último esté a nuestro alcance y que no veamos un acuerdo insatisfactorio aunque temporal. Sin embargo, siempre y cuando comiencen las negociaciones de paz,

Cualquier cosa menos que eso sería un golpe para los intereses europeos, estadounidenses y occidentales. Esto no se debe simplemente a que todos tengamos algún interés abstracto en el éxito de Ucrania como democracia liberal y en poner fin a la inminente catástrofe humanitaria provocada por Putin. Se debe principalmente a que las ambiciones del régimen ruso se extienden más allá de Ucrania e implican hacer retroceder los últimos 30 años de la arquitectura de seguridad de Europa, construida sobre el principio de la autodeterminación nacional. El éxito ruso en Ucrania, aunque con un alto precio en tesoros y vidas rusas, posicionaría al régimen para continuar socavando a la UE y la OTAN, con el objetivo de destruir las democracias de Europa del Este que se liberaron de las cadenas del imperio soviético.

Considere que dos millones de refugiados ya han huido, abrumadoramente a Polonia, Hungría, Rumania y Eslovaquia. Si bien la acogida brindada por los vecinos de Ucrania ha sido ejemplar, no debemos hacernos ilusiones sobre el



efecto desestabilizador que los flujos de inmigración sostenidos de tal magnitud pueden tener en la política europea. La reacción europea a las primeras historias de refugiados que huían de Siria y Libia también estuvo marcada por la compasión, la buena voluntad y un sentimiento de vergüenza por no haber hecho más para detener los conflictos. Sin embargo, rápidamente dieron paso a una retórica mucho más amarga y divisiva, que empoderó a las corrientes más irresponsables e imprudentes de la política europea (y estadounidense). Todos deberíamos esperar que esta vez sea diferente, pero no debemos darlo por hecho.

Además, si Rusia logra hacerse con el control de Ucrania (o lo que quede de ella al final de esta guerra), el flanco oriental de la OTAN sería mucho más difícil de defender contra la agresión rusa que podría surgir en cualquier lugar a lo largo de una frontera mucho más larga que la alianza luego compartir con los territorios controlados por Rusia. Si los rusos controlan Ucrania, Moldavia, país no perteneciente a la OTAN, sería un próximo candidato obvio para la anexión. Pero, ¿alguien puede estar seguro de que Putin se detendría ahí?

Si no, ¿qué podemos hacer para detenerlo? En *Wisdom of Crowds*, Damir Marusic, del Atlantic Council, vierte agua fría sobre la idea de que la OTAN debería buscar establecer una zona de exclusión aérea sobre Ucrania, ya que hacer cumplir una escalaría fácilmente a una guerra terrestre. Se podrían usar armas nucleares tácticas, lo que le daría a Rusia una ventaja numérica luego de los recortes de EE. UU. a su arsenal nuclear táctico. Si bien la mayoría de los observadores están de acuerdo en que una zona de exclusión aérea es una propuesta extremadamente tensa, el problema con el argumento de Marusic es que demuestra demasiado. Si Occidente no está bien posicionado para ganar una guerra terrestre en Ucrania, es probable que enfrentemos dificultades similares para defender los estados bálticos, Polonia o Rumania. Y, si la perspectiva de un intercambio nuclear táctico sobre Ucrania es aterradora, no lo es menos si el conflicto involucra a países que Estados Unidos está obligado a defender por tratado.

En algún momento, puede ser necesario reconocer que la guerra en Ucrania ya es nuestra guerra también, nos guste o no, a pesar del tema de conversación cansado de que Putin supuestamente no desea nada más que un conflicto con la OTAN. La sostenibilidad del statu quo, en el que seguimos fingiendo permanecer formalmente fuera del conflicto mientras imponemos sanciones draconianas a la economía rusa y brindamos ayuda letal y de otro tipo a Ucrania, se basa en que Putin juega con las mismas reglas formales que nosotros. Pero no se trata de ganar un argumento legal en un tribunal o uno académico en un salón de seminarios. Si Putin realmente quiere un conflicto con la OTAN, puede construir fácilmente un *casus belli* en cualquiera de las innumerables políticas que Estados Unidos y sus aliados han presentado en las últimas semanas.

El hecho de que no lo haya hecho es coherente con la experiencia de Putin desde su juventud como luchador callejero violento en San Petersburgo, de la que sigue estando orgulloso. Ser “rudo en la calle” implica inevitablemente elegir a los oponentes correctos (es decir, más débiles) y mantenerse alejado de los más fuertes. También es coherente con su experiencia más reciente en la



consecución de sus objetivos, que son contrarios a los intereses de Occidente, sin enfrentarse a un rechazo occidental más fuerte. Nada de esto es un argumento para una guerra de disparos con Rusia, ni para una zona de exclusión aérea, que probablemente conduciría a una. Sin embargo, es un argumento a favor de un grado mucho mayor de confianza en sí mismo por parte de Occidente para armar a Ucrania y prepararla para el éxito.

Según una propuesta de Sir Hew Strachan, un historiador militar británico que aboga por una ayuda occidental más eficaz a Ucrania, Occidente también podría hacer mucho más. Podría ayudar a Ucrania a reclutar pilotos y personal de tierra voluntarios extranjeros (y donar aviones y equipos apropiados, que mejoran los aviones de fabricación soviética que se están considerando actualmente); podría reforzar el suministro de drones (particularmente del turco TB2); podría apoyar y coordinar mejor los ciberataques contra Rusia y Bielorrusia por parte de grupos civiles como Anonymous; podría entrenar a voluntarios (particularmente a ucranianos aún expatriados) en sistemas de misiles portátiles; y podría comprometer apoyo a largo plazo para un posible gobierno de resistencia establecido en los Cárpatos.

Además de dicha asistencia y de fortalecer las propias defensas de la OTAN, ¿por qué no desequilibrar a los rusos adoptando una postura militar más agresiva a lo largo de las fronteras del expansivo imperio continental de Rusia? Si el gobierno moldavo solicita una presencia de la OTAN en el país, por ejemplo, deberíamos complacer. Del mismo modo, ahora es el momento perfecto para realizar grandes ejercicios navales en cualquier parte del Mar Ártico, el Mar de Bering o el Mar de Japón, y para probar periódicamente las defensas aéreas de Rusia de la misma manera que Putin ha probado las del Reino Unido, Dinamarca, y Noruega durante años. Ni cerca del tamaño del ejército soviético, el ejército de Rusia actualmente está sobrecargado y comprometido en Ucrania. Recordarle al Kremlin su debilidad no es una provocación; es nuestra mejor oportunidad para lograr su derrota en Ucrania y eventualmente erosionar la viabilidad del régimen de Putin. Sería imprudente e irresponsable no aprovechar esta oportunidad.